



Clínica de la masculinidad (a propósito de un cartel)

12 de diciembre de 2006

¿TIENE SEXO EL SUPERYÓ?

Flavio Castiglione

Empezaré con una cita de Freud para ubicar el tema que desarrollaré:

(Sigmund FREUD (1923) El Yo y el Ello)

“Discerniendo, en los progenitores, en particular en el padre, el obstáculo para la realización de los deseos del Edipo, el Yo infantil se fortaleció para esa operación represiva erigiendo dentro de sí ese mismo obstáculo. En cierta medida toma prestada del padre la fuerza para lograrlo, y este préstamo es un acto extraordinariamente grávido de consecuencias. El Superyó conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por el influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), tanto más riguroso devendrá después el imperio del Superyó como conciencia moral, quizá también como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el Yo.”

Freud piensa en un superyo claramente masculino. ya que Padre se constituye en figura simbólica en tanto extensión psíquica del atributo anatómico, falo. El tema del masoquismo femenino despertó críticas dentro y fuera del psicoanálisis en la época.

El superyó ¿es atribuible a un género en particular?, ¿hay un superyó masculino y/o un superyó femenino?, si así fuera ¿el superyó masculino es adjudicable al varón y el superyó femenino a la mujer?, por lo tanto, otras opciones ¿serían entendidas como «desviaciones» patológicas?.

La posición androcéntrica de Freud sobre la *masculinidad* del superyó, ha tenido una respuesta por partes de diversos/as psicoanalistas (la mayoría mujeres) la búsqueda y encuentro con una entidad psíquica diferenciada sexualmente (Karen Horney {envidia del pene como formación secundaria, envidia del seno en el niño} Melanie Klein {feminidad inicial temor básico femenino : dificultad en comprobar el daño o la integridad del cuerpo}, Emilce Dio Bleichmar, Nora Levinton {feminidad como identificación con la madre}), es decir existe un superyó femenino y un superyó masculino.

En Lacan vemos una lectura más simbólica y menos biológica que Freud del origen del superyo. El imperativo del goce en el cual se erige el superyo, parte del significante fálico, ahora ya no en su sentido anatómico, sino como símbolo; es decir, se mantienen las ataduras con la atribución genital.

M. Klein sostiene la idea de que la niña está más expuesta a angustias por la imposibilidad de comprobar la integridad de sus genitales. También afirma que la niña alcanza un superyó más intenso que el varón debido a que sus tendencias receptivas femeninas la llevan a una mayor introyección de sus padres y que esto tiene por consecuencia que sea más altruista y dispuesta a sacrificios. Su temor al daño del interior de su cuerpo y el de su madre “... *la llevan a tratar de dar a luz hijos hermosos y alimentarlos, sea en realidad o en forma de sublimaciones.*”

M. Klein, en discrepancia con Freud, afirma la existencia desde el nacimiento de una posición femenina en la mujer, posición que luego sería cambiada por la masculina que solo consistiría en una defensa contra el temor básico femenino (temor a la destrucción interior del cuerpo) que en el caso de Klein se relacionaría con la fantasía del pene en tanto órgano agresivo. Por otra parte, Klein difiere con Freud, en su conceptualización del superyó en la mujer: en tanto Freud nos habla de un superyó débil, Klein afirma la existencia de un superyó, que por el contrario, es más intenso que el del varón. También es interesante advertir que, mientras en Freud el deseo de tener un hijo es una sustitución del deseo de tener un pene, en Klein, el deseo de tener un hijo es consecuencia del temor básico femenino. En tanto Freud hace derivar a la maternidad de una posición masculina, Klein lo hace de una femenina.

Todas estas aportaciones enriquecen la teoría y la clínica psicoanalítica y abren nuevos caminos a la investigación sobre las estructuras psíquicas. Por otro lado, dichas aportaciones se decantan, polarizan la cuestión en un sentido dualista: Si el superyó es el heredero del complejo de Edipo (hereu), podemos ahora considerar la existencia también de una heredera (pubilla). Sean cuales sean las posiciones que se adopten sobre el nacimiento y desarrollo del superyó, existe un elemento común a todas: El superyó debe su existencia a un proceso de identificación (y todo lo que desencadena: ansiedades, temores, deseos, fantasías, síntomas, etc.) con las figuras parentales, en el crecimiento infantil.

Actualmente los roles tradicionalmente atribuidos al par masculino-femenino están variando, Todos hemos escuchado, cada vez más, a familias, en que la madre ocupa el lugar de preservar las normas y de poner límites y el padre se dedica a “jugar, disfrutar con ellos o alimentarlos”. Tengo la intención de ir un poco más allá de la polarización superyó hereu-superyó pubilla, para ello podríamos entender esta estructura psíquica como una función mental, que se llena de contenidos dependiendo tanto de factores constitucionales como, sobre todo, de símbolos incorporados en las primeras relaciones con nuestras figuras parentales. El caso que presento a continuación intenta ilustrar como dicha función superyoica no está ligada “de forma natural” a un sexo en concreto, sino que más bien depende de ese complejo núcleo de ansiedades, deseos, fantasías...establecidas en el proceso de identificación.

Nuestro paciente adolece de un superyó tremendamente cruel, que, si como parece, nació a través de la identificación con (al menos parte de) la figura materna, nos hará reflexionar sobre la plasticidad y movilidad de esta función, en cuanto a ubicarla en un género en concreto. Lo pongo a vuestra consideración.

He extraído algunas viñetas que creo pueden ilustrar el tema que tratamos

Anteo es un varón de 43 años que visita por que su mujer le echó de casa, aunque reconoce «que ese no es el problema, sino el resultado». Fue diagnosticado de neurosis obsesiva hace años, desde pequeño. tiene “manías” (rituales de higiene) y miedos diversos (de tipo hipocondriaco). De pequeño fue a un psicólogo porque tenía terrores nocturnos. La madre también está diagnosticada de neurosis obsesiva. El padre es admirado porque «hacía su vida y pasaba (no le afectaban) de los problemas de los demás». Le gustaría ser como él, que no le afecten las cosas.

Anteo lleva una vida insatisfactoria, pero «segura», no le gustan las cosas que salen de la rutina. Por ej. cuando bebe o se va de putas, luego se siente muy culpable (se tiene que “lavar y desinfectar”, no tocar cosas que han tocado sus hijos). Lo hace (beber e irse de putas) para descargar tensión, especialmente porque la relación de pareja no va bien. Ya se separaron una vez por problemas con la bebida (durante 2 a.). Habla de la mujer como intolerante y que no reconoce errores, siempre él carga con todo, «la única iniciativa que ha tenido en estos años ha sido ahora echarme de casa». El motivo por el que lo echó es por que él amenazó con hacer «alguna tontería con la familia y salir en los periódicos», dice que es incapaz de hacer daño a nadie, aunque si a sí mismo.

Una sesión, a los pocos meses, viene explicando que se ha sentido fatal por que el martes se fue de copas y de putas con los amigos y que probó la coca. Al día siguiente le perseguía la idea de que podría envenenarse, que las putas lo delatarían, que lo echarían del banco....

Aprovecho para señalarle que existe una parte «sucio, salvaje» que pugna por salir, pero que cada vez que quiere disfrutar (con lo ilegal, o inmoral) aparece el castigo o prohibición y culpa. Asocia la suciedad con la compulsión a la limpieza de la madre que se le caía al suelo

una camisa y la tenía que volver a lavar. Él, cuando va de putas, se tiene que lavar, desinfectándose. El padre era «bastante normal y nunca le presionó».

Desde esa sesión habla cada vez más de su infancia y adolescencia. Aparecen situaciones «traumáticas» en relación a su madre. La madre tenía que salir y le encargó a él, con 5 años, (lapsus, en realidad tenía 10) que cuidara de su hermana, al cabo de un rato, la hermana empieza a llorar, cada vez más, él no sabía qué hacer y fue a pedir ayuda a la vecina, en eso aparece la madre que se encuentra a la hermana sola en casa, la puerta abierta y a nuestro amigo Anteo desaparecido, en cuanto aparece con la vecina, a la madre le “da un ataque”, “yo me sentí culpable por no haber atendido a mi hermana”. En otra ocasión se le cayó de sus brazos su hermana mientras jugaba. La madre le advirtió de forma muy alertada que la podía matar.

En otra sesión habla de la «única cosa que sexualmente le excita y produce placer»: la felación, ... porque la mujer está por debajo de él, como sometida, aunque no le va el rollo sado-masoquista, le excita. Está «de puta madre».

La noción de que el superyó debe su existencia al proceso de identificación con figuras parentales, en las primeras etapas del desarrollo infantil, parece ser de común aceptación dentro del psicoanálisis. La polémica aparece cuando realizamos atribuciones excesivamente claras y definidas hacia un sexo u otro, especialmente si las utilizamos como elemento teórico para definir sexualmente el aparato psíquico, en el crecimiento de la persona.

Anteo evidencia un doloroso condicionamiento de su propia vida a través de un superyó cruel por una identificación prioritaria con la madre. El caso (o mi forma de plantearlo) hace que fijemos la mirada sobre este aspecto, es decir, sobre los fenómenos que subyacen a los procesos de identificación entre Anteo y su madre.

La figura paterna parece tener la cualidad de moderar la ansiedad (todavía no sabemos si por elaboración o como mecanismo de defensa). Esta figura se instala en el paciente como ideal del yo y considero que también pasa a formar parte del superyó del paciente. Entre sonrisas me decía en una sesión “a mí de mayor me gustaría ser como mi padre”. Tenemos entonces una parte del superyó que puede actuar como modelo y que estimula el deseo al crecimiento. Desde el punto de vista clínico, esta última cuestión es de gran relevancia para disponer de un pronóstico más optimista. Es probable que, si el paciente pudiera incorporar dicha cualidad como función yoica, su estructura psíquica se vería fortalecida.

Volviendo a la cuestión de la definición sexual del superyó, mi planteamiento es el siguiente:

El superyó se construye a partir de particulares identificaciones con las dos figuras parentales, paterna y materna.

La predominancia de una sobre la otra en la psique del paciente estaría condicionada, en gran medida por el superyó de ambos progenitores.

Considero importante, aunque no determinante para el establecimiento del superyó que, lo que tradicionalmente se ha definido como función paterna y materna, sea atribuido al sexo masculino y femenino respectivamente. La idea de superyó auxiliar de J. Strachey, por ejemplo, parece carente de género sexual.

Los símbolos quedan impregnados de conceptos, fantasías, elementos emocionales y socio-culturales que, en principio, enriquecen, pero también acaban saturando el propio símbolo. Una muestra de ello, es que el superyó definido por Freud es un superyó “contextualizado” en su época y valores, del mismo modo que las posteriores elaboraciones hechas por otros autores, también lo son.

Tomando una idea de Bion, la cuestión anterior dificulta que el superyó exista sin un pensador que lo piense. Por otro lado, creo que el psicoanálisis ha pensado el superyó dotándolo excesivamente de atributos (Masculinos: Freud, Libidinales: Lacan, Agresivos: Klein, etc.), cosa que no sucede con el ello o el yo, lo cual hace que sean estas estructuras «*más estables*». Curiosamente nadie se ha preocupado en profundidad por el “sexo” del yo o de ello.

Para evitar los riesgos de dicha saturación propongo diferenciar en el superyó de aquellos contenidos que están claramente impregnados de connotaciones propias del mundo externo (socio-culturales), justamente para que quede definida y diferenciada como una instancia propia del mundo interno de las personas. Por cierto, el Dr. Alberto Campo sugería que los perros tienen superyó, ya que pueden sentir culpa, p. ej., cuando se les riñe.

Dicha diferenciación podría realizarse según unos criterios:

Para no sobrecargarlo de atributos (¿qué es?) propongo diferenciar las **funciones** (¿qué hace?) propias a su esencia (función normativa, de puesta de límites, papel moral, etc.), aquéllas estables y no afectadas por el mundo externo del psicoanalista que lo define y que tengan un *sentido común* para quien las piense.

Evitar las decantaciones dualistas a priori del tipo función paterna- materna, masculina-femenina, nos permitirá tener una visión más flexible del superyó, especialmente en el actual momento histórico, de traspaso de atributos de un género a otro.

Los complejos procesos de identificación (proyectiva e introyectiva) juegan un papel predominante en la configuración del superyó como función, y en el crecimiento del ser humano en general y no están *necesariamente* ligados a un sexo.

En la situación clínica creo importante atender a los fenómenos transferenciales sin categorizarlos sexualmente. P. ej. no pensamos de forma predeterminada que el/la paciente tenga algún problema de identidad sexual porque transfiera objetos internos de género diferente al del analista.

No se trataría de dessexualizar al superyó, sino más bien de observar su carácter polisexual y de cómo aquellos objetos que incorporamos del ambiente (histórico, social, político, educativo, etc.), es decir los códigos sobre los cuales se asientan los símbolos, (en palabras de Laplanche), condicionan su decantación sexual.

Como conclusión, a la pregunta del enunciado de mi exposición “Tiene sexo el superyó”, de momento diré que sí, el superyó tiene el sexo que nosotros le (¿queramos?) podamos dar.

Bibliografía:

Basile, Evangelina. **¿Envidia de mujer?. Sobre el feminismo y la feminidad en Marie Langer.** En *www.elseminario.com.ar*

Bassols, Miquel. **La pasión del superyo.** Ponencia presentada en Congreso de Torino. Mayo 2000.

Freud, Sigmund. **La feminidad.** En *Nuevas aportaciones al Psicoanálisis. 1932.* Obras Completas Tomo II. Madrid. Editorial Biblioteca Nueva. 1968

Freud, Sigmund. **El yo y el ello.** 1923. Obras Completas Tomo III. Madrid. Editorial Biblioteca Nueva. 1968

Klein, Melanie, (1932), "**El psicoanálisis de niños**", Hormé, Bs. As., 1964

Levinton Dolman, Nora. **El superyó femenino.** La moral de las mujeres. Madrid: Biblioteca Nueva. (2000)

San Miguel, María Teresa. **El psicoanálisis: una teoría sin género.**

Masculinidad/Feminidad en la obra de Sigmund Freud. La revisión de Jean Laplanche. Tesis Doctoral presentada en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid (28 de octubre de 2002). Publicado en *Revista de Psicoanálisi Aperturas. Marzo 2004. nº 16.*

Strachey, J. (1934) **Naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis.** *Revista de Psicoanálisis.* Buenos Aires.1947-48. Vol. 5.